# JOSE FERNANDEZ PEQUEÑO



# PERIPLO SANTIAGUERO DE MAX HENRIQUEZ UREÑA

# PERIPLO SANTIAGUERO
# DE
# MAX HENRIQUEZ UREÑA

**José M. Fernández Pequeño**



Premio ensayo
José María Heredia
1987

Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 1989

Edición: Apio Garciandía/ Diseño: Marta Mosquera/


Scanned by TapScanner



A Claudio
(aquél y éste)
que me observa siempre
desde las cosas más nobles

# I

Aun a riesgo de ser condenado por herejía metodológica, adelanto la que podría ser primera conclusión de estas pesquisas: la actividad desplegada por Max Henríquez Ureña (Santo Domingo, 1885 - 1968) en Cuba está reclamando una cronología seria y documentada, que salve y corrija la abrumadora cantidad de errores detectables en la mayoría —casi podría decir todos— los textos que, directa o tangencialmente, abordan la trayectoria del dominicano entre nosotros. Llenar una parte importante de esa necesidad es la intención de estas líneas, dirigidas esencialmente a rastrear el trabajo de animación cultural que desarrollara el quisqueyano en la ciudad de Santiago de Cuba.

Así pues, se trata de una cronología general, sin pretensiones de altura valorativa, a la que se ha otorgado el objetivo eminentemente utilitario de servir como punto de partida a indagaciones específicas sobre la vida, obra y pensamiento del intelectual dominicano concretadas por estudiosos más sagaces y/o afortunados.

Su realización ha sido posible gracias a la colaboración prestada por un apreciable grupo de compañeros e instituciones, entre las que requiere mención ineludible el ar-

chivo del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Vale

## II

El primer contacto de Max Henríquez Ureña con Cuba se produce el 14 de enero de 1903, fecha en que llega a La Habana procedente de Nueva York —donde residía con sus hermanos Pedro y Frank— para visitar a su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, por entonces radicado en esa ciudad y quien insistía en que sus hijos se le uniesen. Pero es tan solo una furtiva visita, en la que apenas tiene la oportunidad de asomarse al ambiente intelectual capitalino, pues en marzo vuelve a Nueva York[1]

Los deseos paternos no serían satisfechos sino un año después, aunque de modo incompleto y en un medio diferente: Francisco Henríquez había regresado por asuntos personales a Santo Domingo, mas la convulsa situación política del país le impele a emigrar otra vez y, en esta ocasión, se establece en Santiago de Cuba; allí fue a reunírsele entre abril y mayo de 1904[2] Max Henríquez Ureña, quien de inmediato comenzó a impartir clases de piano para ayudar a su sustento. Mientras, Pedro y Frank se asentaron en La Habana y pasaron a trabajar en la casa comercial Silveira y Compañía, gracias a una recomendación del generalísimo Máximo Gómez.

Apenas instalado en la capital oriental, funda Max Henríquez Ureña la revista *Cuba Literaria,* cuyo primer número aparece el 7 de junio de 1904 y que se mantendrá en activo poco más de un año. La publicación es, si nos atenemos al nombre, una prueba innegable de la estrechísima identidad que ha existido históricamente entre República Dominicana y Cuba y, según su contenido, una variada y dinámica revista literaria que, de acuerdo con su programa, se creaba

> para que el esfuerzo solitario no permanezca oscuro y silencioso; para que las fuerzas todas de que disponen estas masas sociales no queden sin la cohesión que puede darles el mutuo reconocimiento y la oportuna aplicación a un fin práctico de vida; para que todo el venero de sentimientos nobles y pensamientos grandes que por estas cordilleras existe, no quede ahí rezagado y sepulto, como rico diamante aprisionado en las entrañas de la tierra; para que, por último, se establezca el contacto intelectual con otras comarcas de la isla, de América Latina y aun de la vieja Europa [. . .][3]

El primero de los propósitos planteados no sólo cobró cuerpo en la oportunidad que significó *Cuba Literaria* para los escritores de la región oriental, sino además en el amplio espacio que brindó a todo lo relacionado con este ámbito geográfico: su historia, sus costumbres, su vida social, etcétera. Incluso, la revista consagró números parciales o totales a regiones específicas, como sucedió con la ciudad de Guan-

tánamo, donde permaneció Max Henríquez Ureña entre el 6 y el 17 de mayo de 1905, ocupado en el acopio de materiales para un número monográfico.

Pero este viaje resulta importante sobre todo por otra razón. Conferencista de altísimas cualidades, Max Henríquez Ureña realiza durante la estancia guantanamera su primera disertación pública de que se tenga noticia: el 13 de mayo de 1905, durante una velada cultural organizada en el Liceo de Guantánamo, además de tocar el piano y leer un poema suyo, el dominicano de 20 años ofreció una conferencia sobre José Martí. [4]

El segundo objetivo perseguido por la revista abrió sus páginas a otros muchos escritores cubanos y latinoamericanos, hecho que recibió el beneficio de una selección que no paraba mientes en la ineditez o no de los textos. En verdad, la presencia latinoamericana en *Cuba Literaria* no se redujo a la sustancial carga de asuntos y autores dominicanos que, por razones harto obvias, aparecen en ella: divulgó a prestigiosos escritores del momento y dio a conocer manifestaciones del pensamiento intelectual latinoamericano influyentes en la época, tal y como sucedió con José Enrique Rodó, cuyo *Ariel* fue publicado por primera vez entre nosotros en varias entregas de *Cuba Literatura.* [5]

De esta forma, la revista ocupa un importante espacio en el profuso —y en ocasiones caótico— movimiento editorial que vive Santiago de Cuba durante los primeros años del siglo XX. Consecuencia de las condiciones político-sociales creadas por el escamoteo de la soberanía nacional median-

te la intervención norteamericana de 1898 y la instauración de la República de 1902, la capital oriental experimenta a lo largo de esta primera década una verdadera explosión de publicaciones periódicas[6] que intentan servir de tribuna a los más diversos criterios ideológicos, políticos y culturales. Se trataba, sin dudas, de un impulso agónico por entender el presente y vislumbrar el futuro, por reafirmar la nacionalidad ganada durante treinta años de heroica lucha y herida ahora por el nuevo tutelaje extranjero.

Todas esas publicaciones comparten una urgente vehemencia de expresión, no pocas similitudes de diseño y un siempre trastabilleante equilibrio económico que, salvo excepciones, las condenó a muerte prematura. También es el caso de *Cuba Literaria* que, por su año de existencia y calidad, merece un destacado lugar entre ellas. Ahora bien, pretender otorgarle preeminencia indiscutible dentro del movimiento editorial de Oriente a principios de siglo, es criterio que sólo puede nacer de la jerarquía alcanzada luego por Max Henríquez Ureña en la cultura santiaguera y no de una valoración justa acerca de la significación real de la revista para el movimiento intelectual de la región en una década que conoció publicaciones literarias como *Ilustración Cubana* (1906), *El Pensil* (1907) y *Oriente Literario* (1910), para sólo hacer mención de tres ejemplos.

Tampoco *Cuba Literaria* pudo sustraerse a la crisis económica, política y social que signaba su tiempo y en editorial que conmemora su primer aniversario alude, sin particularizar, a poderosas dificultades con

un tono que, de hecho, anuncia la próxima suspensión:[7] "Tenemos fe, pero ¡ay!, ya no es aquella fe que nos lanzó a la lucha, tan formidable como la que muda las montañas, porque tan cruentos han sido los desengaños, que hemos llegado a vacilar."[8] En efecto, no mucho después cesa la publicación del semanario y Max Henríquez Ureña decide reunirse en La Habana con su hermano Pedro, propósito que parece haber cumplido entre los meses de agosto y septiembre, pues el 1º de octubre de 1905 se le encuentra ya en la redacción del diario habanero *La Discusión.*

Es en La Habana de 1905 donde se vincula Max Henríquez Ureña de lleno al periodismo cubano, con lazos que ya no se romperán hasta su salida definitiva del país en 1931.[9] Apenas instalado, Max se convierte en redactor de tres importantes publicaciones capitalinas del momento; son éstas: la revista *El Fígaro,*[10] con la que se mantendrá colaborando hasta 1925; la revista *Letras,* que funda junto a otros en el mes de noviembre y con la que estará hasta principios de 1914; y el diario *La Discusión,* en el que atendió la sección Notas a la pluma y, además, realizó la página literaria dominical, desde el 1º de octubre de 1905 y hasta el 30 de julio de 1906, fecha esta última en que abandona el periódico —según explica el propio Max— "a causa de incidentes provocados por un injustificado ataque a nuestro país".[11]

En 1906 aparece en La Habana su primer título, editado en forma de folleto: *Whistler y Rodin* (Habana, Imprenta de Esteban Fernández), conferencia que había pronunciado el 22 de abril del propio año en la

Academia de Dibujo y Pintura El Salvador. Pero su verdadera carrera como conferencista de prestigio se inicia bajo los auspicios del Ateneo y Círculo de La Habana,[12] importante institución capitalina que Max Henríquez Ureña había frecuentado, incluso, en su efímera estancia de 1903, y de la que se convierte en colaborador activo cuando el 7 de enero de 1907 ocupa su tribuna para disertar sobre "Ibsen y el teatro", en honor al dramaturgo noruego, fallecido poco tiempo antes.

Claro que durante el año y medio que dura su estancia en la capital del país, no pierde Max Henríquez Ureña el contacto con Santiago de Cuba, en cuya prensa es usual hallar notas como la que sigue: "En estos días hemos tenido noticias, por cartas que ambos dirigen a *Ilustración Cubana,* de Max Henríquez Ureña e Israel Yepes. Ambos se encuentran bien en la capital de República Dominicana [. . .] Max Henríquez Ureña nos promete encontrarse pronto en Santiago [. . .]"[13]

Cumplida o no la promesa, lo cierto es que momentáneamente el dominicano se aleja aún más: el 3 de febrero de 1907 embarca a México en respuesta a una invitación de su hermano Pedro, quien a su vez se había radicado en tierras aztecas desde principios de 1906. El 7 de febrero, apenas desembarcado en las costas mexicanas, Max Henríquez Ureña —con el quijotesco impulso de sus 21 años— lanza el reto: "Heme aquí pues. Estoy de nuevo en el terreno de la lucha a la que consagro mi esfuerzo juvenil. Si sucumbo, el porvenir dirá la gloria de mi derrota."[14]

Con ese empuje se suma de inmediato a la joven intelectualidad mexicana del momento —Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, entre otros— y se sumerge en la vida cultural del país: en Ciudad México ingresa a la redacción de *El Diario* y, tras multitudinario acto en respuesta a un ataque contra la memoria del poeta Manuel Gutiérrez Nájera, participa en la fundación de la Sociedad de Conferencias de México, que más tarde cambiará su nombre por el de Ateneo de la Juventud. Unos meses después abandona *El Diario* y marcha a la capital del estado de Jalisco para trabajar durante poco tiempo como jefe de redacción de *La Gaceta de Guadalajara,* pues luego pasa a la capital del estado de Nuevo León, donde dirige la edición española de *The Monterrey News.*

A Ciudad México no vuelve hasta principios de 1908, invitado por la Sociedad de Conferencias para ofrecer una disertación sobre Chopin el 24 de marzo en el Teatro del Conservatorio Nacional de Música. Unos días después de la conferencia regresa a Monterrey, pero a poco cae seriamente enfermo:

> Había un principio de lesión en el vértice superior del pulmón derecho. Aire puro y campestre [en Santiago de Cuba], reposo absoluto, sobrealimentación, aparte de otros recursos terapéuticos y del cuidado vigilante de mi padre, me permitieron ser dado de alta antes de pasado un año. No me atreví, sin embargo, a alejarme demasiado de mi padre, y me instalé en La Habana[...][15]

No obstante la precisión con que el propio Henríquez Ureña describe su convalescencia santiaguera, Carlos E. Forment afirma en sus *Crónicas de Santiago de Cuba* que el 7 de julio de 1908 —esto es, sólo tres meses después de su retorno a Santiago de Cuba—[16] el joven intelectual dominicano regresa a México.[17] Efectivamente, el diario *La Independencia* correspondiente a esa fecha amplía la información: "Se ha embarcado con dirección a La Habana, para allí tomar pasaje para México, donde reside, nuestro estimado amigo y compañero el brillante literato señor Max Henríquez Ureña [. . .]"[18] ¿Se dirige Max a México con el objetivo de liquidar quizás algunos asuntos pendientes? ¿Pudiera ser no más que un error periodístico, reproducido luego por el cronista, y se trata en realidad de un rápido viaje a la capital cubana? Esto es algo difícil de aclarar.

Lo cierto es que a principios de 1909 se instala Max Henríquez Ureña en La Habana, donde reactiva su quehacer periodístico al ingresar en la redacción de dos nuevos diarios: *La Unión Española,* para el cual escribirá entre el 1º de mayo de ese año y el 30 de septiembre de 1910, y *La Lucha,* en el que se ocupa de la vida cultural e intelectual, así como de la crítica teatral, desde el 15 de julio de 1909 hasta el 14 de octubre de 1911.

Ahora bien, este nuevo traslado a la capital del país parece tener su centro de atracción en el interés del joven intelectual por matricular la carrera de derecho en la Universidad de La Habana, anhelo que se materializa el 4 de octubre de 1909. El resto de las asignaturas de que constaban esos

estudios fueron matriculadas en tres fechas distintas —16 de septiembre de 1910, 20 de mayo de 1912 y 31 de agosto de ese mismo año—, hasta que en 1912 se recibe de abogado.

De 1909 a 1914 mantuvo Max Henríquez Ureña una multifacética e incesante labor cultural en la capital del país, que muy pronto le colocó entre la vanguardia de la juventud intelectual de la época. Ahora bien, no siempre esos desvelos recibieron la acogida que merecían. Si en el extremo oriental de la Isla el prestigio que había alcanzado la familia Henríquez y, sobre todo, el secular intercambio con República Dominicana, propiciaron que fuera visto y acatado como un nativo más, en La Habana su talento y su esforzada gestión en favor de la cultura nacional no le ponen a recaudo de ciertos ataques discriminatorios. En carta fechada el 17 de septiembre de 1909, el más importante poeta cubano del momento, Regino E. Boti, escribe al dominicano:

> [...] he tenido la desgracia de tomar, desde que está usted en La Lucha, algún que otro periódico y descubrir cierta agresividad estrecha y sin fundamento contra usted.
>
> [...] Por las razones que usted apunta en su escrito,[19] y por otras muchas que se podrían exponer, es deplorable este sucedido. Porque al hecho de que cualquier latinoamericano es, para todo nativo digno, un paisano nuestro, en usted hay que hacer especial mención de su afecto por Cuba [y] del que por ella sintieron sus mayores. Y no obstante, los verdaderos extranjeros, los que ni son latinoame-

ricanos ni quieren a esta tierra, gozan de las simpatías de unos y de las lisonjas de otros.[20]

No hay dudas de que las líneas finales aluden a los norteamericanos, de tan lamentable presencia en Cuba por la época. El hecho a que se refiere la carta no es, sin embargo, aislado: en 1923, catorce años después, Max Henríquez Ureña volverá a sentir los efectos de esos prejuicios en los predios de la universidad habanera, hecho sobre el que regresaremos a su debido tiempo.

Apenas llegado a La Habana, reinicia Max Henríquez Ureña su colaboración directa con el Ateneo, bajo cuyos auspicios no sólo pronuncia numerosas conferencias, discursos, etc., sino también participa en una gran cantidad de actividades culturales. Tan estrecha colaboración quedaría trunca en 1914: precisamente ese año le proponen la presidencia del Ateneo, pero no la acepta en virtud de su regreso a Santiago de Cuba.[21]

Mas el Ateneo fue, con todo, una parte del trabajo cultural desarrollado por Max Henríquez Ureña en su segunda estancia habanera. Durante el propio año de 1909 fundó, junto a un grupo de intelectuales que solía reunirse semanalmente en su casa y entre los que se encontraba el narrador Jesús Castellanos, la Sociedad de Fomento del Teatro, encaminada a impulsar el desarrollo de la literatura dramática cubana por medio de la organización de temporadas teatrales con repertorio exclusivamente nacional. A pesar de que sus creadores trataron de sustentar la iniciativa por todos los medios e incluso convoca-

ron a un concurso de carteles para anunciar la primera temporada, ésta resultó un fracaso y tuvo que ser interrumpida hacia finales de mayo de 1910 ante la indiferencia del público.[22]

Aún no ha concluido ese decepcionante mes de mayo, cuando Jesús Castellanos propone crear la Sociedad de Conferencias de La Habana, empresa para la cual Max era de gran ayuda, si se toma en cuenta su intervención en un proyecto similar durante su estancia en México. Los habituales a la tertulia semanal aprueban la idea, algunos observadores se muestran escépticos, pero todos coinciden en que resultaría beneficioso esperar un poco. Así, el 6 de noviembre de 1910 queda oficialmente constituida la Sociedad de Conferencias de La Habana, con una presidencia dual que ocuparon Castellanos y Henríquez Ureña.

La Sociedad de Conferencias es, sin dudas, el más serio proyecto en que se había empeñado Max hasta ese momento y una de las instituciones culturales habaneras más importantes en las primeras décadas del siglo XX. Aspiraba a propiciar el intercambio intelectual por medio de la cátedra abierta y logró agrupar a los mejores conferencistas capitalinos de la época. Su procedimiento habitual era la programación de ciclos de conferencias con un tema general —"Figuras intelectuales de Cuba", "Poetas extranjeros", etc.— o sesiones especiales dedicadas a grandes artistas; bien en uno u otro caso, queda por descontado que el dominicano ocupó en varias ocasiones la tribuna de la Sociedad.

No fueron pocos los esfuerzos necesarios para sostener esta iniciativa, como tampo-

co faltaron los francotiradores dispuestos a empedrar el camino;[23] pero lo cierto es que la Sociedad de Conferencias alcanzó un rotundo éxito y mantuvo su actividad, incluso, luego de la prematura muerte de Jesús Castellanos, el 29 de mayo de 1912. A esta institución dedicaría Max Henríquez Ureña sus mejores energías hasta 1914.

Sin embargo, la intensa atención que debe prestar a la Sociedad de Conferencias no limita su participación en cuanta iniciativa de trascendencia tiene lugar en el medio cultural que le rodea. Así sucede con la Academia Nacional de Artes y Letras, fundada el 31 de octubre de 1910, y de la que Max Henríquez Ureña fue nombrado individuo de número el 22 de diciembre del mismo año, es decir, menos de dos meses después. En esta institución —con la que mantuvo una larga y sistemática colaboración— no sólo asistió a innumerables actividades y tomó parte en diversos proyectos, sino que también ofreció varias disertaciones.[24]

Tampoco impidió todo este enorme volumen de labor intelectual que en 1911 Max Henríquez Ureña, junto a Joaquín Rodríguez Lanza y José Girale, se lanzara a la creación del Comité de Propaganda Artística que, según circular fechada el 1º de noviembre de ese año, propendería a "que, por su mediación directa, visiten a Cuba cada año dos instrumentistas eminentes, por lo menos, o una agrupación filarmónica de fama mundial [. . .]"[25] De la suerte corrida por ese comité no he llegado a conocer nada.

Por otra parte, no abandona su quehacer periodístico y, a los compromisos antes

apuntados, suma en 1912 —exactamente el 1º de marzo— su retorno a la redacción de *La Discusión,* que dejará el 31 de agosto de ese año, y en 1913 su participación en la fundación de dos nuevas revistas. Una: la fundamental *Cuba Contemporánea* —vocero capitalino de la primera generación de escritores republicanos—, que inaugura como redactor el 1º de enero de 1913 y con la que se mantendrá colaborando hasta su desaparición, en agosto de 1927. Otra: la inicialmente titulada *El Teatro* y que luego tomaría el nombre de *Universal;* para esta última realizaba aún en 1914 la sección La hora que pasa.

Como en la ocasión anterior, la distancia no debilita los vínculos del dominicano con Santiago de Cuba, ciudad a la que —según atestiguan la prensa de la época y el epistolario cruzado entre Emilio Bacardí y Carlos de Velasco—[26] viaja muy frecuentemente. Allí editará en 1910 *Influencia de Chopin en la música moderna* ("Biblioteca de El Cubano Libre", Vol. III, Santiago de Cuba, Imprenta de El Cubano Libre) y mantendrá una fluida colaboración con múltiples instituciones, como la Sociedad de Conferencias santiaguera, bajo cuyos auspicios ofreció la conferencia "Diego Vicente Tejera" a principios de 1914. En abril de ese año traslada su residencia a la capital de Oriente, donde instala su bufete particular. Sobre las razones que impulsaron este cambio podría especularse extensamente, aunque sin dudas entre ellas pesó no poco un móvil de carácter sentimental: el 10 de diciembre de ese año contrae matrimonio con Guarina Lora, hija del general Saturnino Lora.

Y, mientras todo esto sucede, aparece publicado su primer libro de versos, *Anforas* (Valladolid, Biblioteca Studium, 1914).

La fecha de retorno es, sin lugar a dudas, significativa. Desde 1910, la antigua provincia de Oriente vive una fortísima efervescencia intelectual que muestra peculiar empuje en Manzanillo, Guantánamo y sobre todo Santiago de Cuba. Es el período en que hace carrera pública hacia la consolidación el movimiento poético posmodernista que, con Regino E. Boti y José Manuel Poveda, inauguraría desde la provincia el siglo XX para la lírica cubana y estremecería ruidosamente la literatura nacional.

Ese proceso literario había alcanzado en 1913 un punto culminante con la publicación de *Arabescos mentales,* el importante poemario de Boti, acontecimiento al cual Max Henríquez Ureña estuvo muy unido, como demuestra la correspondencia cruzada por esta época entre el guantanamero y el dominicano. En verdad, Max se mantuvo muy al tanto de cuanto ocurría en los predios orientales y fue uno de los poquísimos críticos que en Cuba supo valorar el significado del libro botiano para las letras nacionales. Valientemente salió al paso de la obtusa crítica cubana del período, que la había emprendido contra *Arabescos mentales,* en un estudio que le costó numerosos ataques.[27]

Así pues, no es casual que Max se sumerja de inmediato en el profuso ambiente intelectual santiaguero de 1914 y ya el 6 de septiembre de ese año se encuentra entre la vanguardia de los que fundan el Ateneo de Santiago de Cuba, del que es electo direc-

tor.[28] A partir de ahora y hasta 1919, el Ateneo se convertirá en uno de los centros de su actividad cultural y con él organizará numerosos actos y veladas, acometerá diversas iniciativas, disertará sobre gran cantidad de temas y publicará dos volúmenes que recogen el trabajo desarrollado por la institución de 1914 a 1918.[29]

Sin embargo, este ambicioso proyecto parece no haber logrado un desenvolvimiento estable y parejo, por cuanto ciertas secciones de su enorme cuerpo si acaso alcanzaron a reunirse alguna vez, y mucho menos a crear motivaciones realmente fuertes para un trabajo fluido, armónico. Así, por ejemplo, ya en 1917, durante una reunión efectuada el 2 de diciembre, se acuerda "reducir el número de secciones en que debe dividirse el Ateneo a las de Literatura, Música, Artes Plásticas, Pedagogía, y dos o tres más [...]"[30] A partir de aquí, la actividad del Ateneo languidece y entra en una crisis que no superará ya en los años posteriores. Es sintomático que sólo siete meses después, el 26 de julio de 1918, el número de secciones disminuya a cinco.[31]

Primó un grupo de verdaderos interesados que, con su esfuerzo, mantuvo vivo el trabajo. Y, entre éstos, estuvo siempre a la cabeza Max Henríquez Ureña, quien fue reelecto director en el año social 1915-1916; nombrado presidente de la Sección de Literatura en el año 1916-1917, cargo para el cual volvió a ser señalado en 1917-1918; y seleccionado vicepresidente del Ateneo —con don Emilio Bacardí como presidente— en el año 1918-1919.

Pero más allá de los nombramientos oficiales, vale insistir en que, hasta su desaparición y sin olvidar otras prestigiosas figuras, es Max Henríquez Ureña el alma de esta congregación intelectual santiaguera. Resulta evidente que su presencia es decisiva para la buena salud de la institución; vaya sólo una muestra: el 2 de diciembre de 1917, Max presenta su renuncia como presidente de la Sección de Literatura por exceso de trabajo, petición que es aceptada únicamente hasta el mes de junio en sesión celebrada el 10 de febrero de 1918. Desde ese momento y salvo una conferencia de Erasmo Regüeiferos, la labor del Ateneo naufraga en el silencio hasta el 9 de junio, cuatro meses después, cuando Henríquez Ureña diserta sobre José E. Rodó en el teatro Martí; la intervención pública marca, por supuesto, el retorno del dominicano, quien se pone al frente de las elecciones para el año social 1918 - 1919, efectuadas en su casa particular.[32]

A pesar de su regreso, ya la institución no se recuperaría nunca y entraría en una inercia sólo rota por alguna que otra muy rara actividad. Incluso, no se realizaron las elecciones correspondientes a julio de 1919, pues no fue hasta el 9 de noviembre de ese año que pudo reunirse el Ateneo para acordar que continuara la misma directiva. Poco después cesa completamente el que fuera uno de los más ambiciosos proyectos de asociación intelectual en el Santiago de la época.[33]

Si variada, continua e incansable había sido la actividad de Max Henríquez Ureña en La Habana, ésta ahora adquiere una amplitud y una fuerza que lo colocan en primerísimo puesto dentro de la cultura ofi-

cial de Santiago de Cuba. Aquí inicia la que será su larga y exitosa carrera docente, cuando funda el 7 de noviembre de 1915 la Academia Domingo del Monte, que estuvo dedicada a estudios superiores de lenguaje y literatura por medio de conferencias semanales que el propio Max impartía.[34]

Con aproximadamente 50 discípulos —en lo esencial profesores de enseñanza primaria— dio inicio el primer y único curso de la Academia Domingo del Monte, que se extendió hasta junio de 1916, y durante el cual Max Henríquez Ureña desarrolló una treintena de conferencias, incluyendo dos fuera de programa, a las que asistió numeroso público: "Rubén Darío y el modernismo" y "Cervantes y su obra", el 20 de febrero y el 30 de abril de 1916, respectivamente.[35]

Dos meses antes de que hubiera iniciado su labor la Academia Domingo del Monte, Max Henríquez Ureña había matriculado la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana, el 8 de septiembre de 1915. Un grupo de asignaturas es vencido en ese mismo mes, el otro en junio de 1916, cuando el dominicano pide una licencia sin sueldo en la Audiencia de Oriente[36] y marcha el día 15 hacia La Habana: el primero de julio de 1916 se graduaría; esto es, en menos de un año.[37]

El año 1915 guarda aún dos sucesos importantes y, cada uno a su modo, felices para el autor que nos ocupa: el nacimiento de su primer hijo, Hernán, y la publicación de su libro *Tres poetas de la música;* Schumann, Chopin y Grieg (La Habana, Imprenta El Siglo XX).

Pero acontecimientos inesperados vienen a quebrar el hilo de la cotidianidad: el 15 de mayo de 1916 tropas norteamericanas ocupan República Dominicana, como colofón a una situación política que se había hecho cada vez más crítica. El 25 de julio Francisco Henríquez y Carvajal recibe, en su residencia santiaguera, la comunicación de que ha sido electo con carácter interino presidente de la República y que debe ponerse en camino de inmediato para cumplir el mandato de su patria.

Así pues, el 27 de julio embarca Francisco Henríquez desde el puerto de Santiago de Cuba rumbo a Santo Domingo; con él va, como secretario del presidente de la República, Max Henríquez Ureña, quien se suma de lleno a las gestiones que, con la Embajada de los Estados Unidos y con el jefe de la fuerza interventora, se sostuvieron entre agosto y noviembre de 1916 para lograr la salida del invasor estadounidense sin mengua de la soberanía dominicana. El 29 de noviembre se decreta finalmente el Gobierno Militar de Estados Unidos en República Dominicana y, abortada así toda posible negociación en el país, el presidente dominicano se dirige el 8 de diciembre, acompañado por Max, a Nueva York, primero, y a Washington, después, con el fin de continuar su campaña cerca del Gobierno de Estados Unidos.

La estancia es, no obstante, muy breve pues la inminente entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial crea un clima poco propicio para hacerse oír en relación con el problema dominicano, y la delegación del país caribeño regresa a Cuba en espera de tiempos mejores. Se inicia así

un período de cinco años en que la vida de Max Henríquez Ureña estará marcada por la entonces denominada "cuestión dominicana."

Mientras tanto, aparece publicada *La combinación diplomática* (La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1916), juguete cómico de Max Henríquez Ureña que había sido estrenado en el teatro Oriente de Santiago de Cuba el 13 de abril de 1915, bajo los auspicios del Ateneo. La obrita fue recogida también en el primero de los libros dedicados a la labor del Ateneo de Santiago de Cuba que fueron citados más arriba.

En enero de 1917 está ya Max de regreso en La Habana, donde permanece muy poco tiempo antes de volver a Santiago de Cuba. Sobre este retorno dirá más tarde, en carta del 19 de mayo de ese año a José María Chacón y Calvo:

> Pasé por La Habana como relámpago, en el mes de enero [. . .] y los pocos días que estuve en La Habana los consagré a resolver la cuestión de mi nombramiento para la cátedra de literatura en la Normal de Oriente. Este se hizo con carácter interino [el 15 de enero de 1917], porque las oposiciones no se podían convocar en seguida. Ardo en deseos de que se llame a oposiciones, porque no me gusta ninguna situacion provisional.[38]

Sólo tendría que esperar Max Henríquez Ureña hasta el mes de octubre, en que presenta el tema "Origen y desenvolvimiento de la lengua castellana" en las oposiciones y es nombrado, por decreto presidencial del 15 de octubre de 1917, profesor en propiedad de la Escuela Normal de Oriente.[39]

Se inicia de este modo una labor que no cesará sino con la salida definitiva de Max Henríquez Ureña de Cuba y que, a fuerza de fructífera, dejará una honda huella —y no pocas leyendas— en la capital oriental del país.

Resulta importante, eso sí, aclarar un equívoco que se ha venido repitiendo indiscriminadamente. En varias ocasiones, Camila Henríquez Ureña afirmó que Max se había encontrado entre los fundadores de la Escuela Normal para Maestros de Oriente,[40] hecho que no pudo ocurrir pues esa institución educacional, que luego cumpliría una larga y encomiable vida, quedó inaugurada el 10 de octubre de 1916, fecha en la cual el intelectual dominicano se encontraba aún fuera de Cuba, de donde no regresaría sino tres meses más tarde.

El claustro de profesores de la Escuela Normal fue constituido el 2 de octubre de 1916,[41] formado por sólo cinco personas, debido a que no se presentaron opositores en la mayor parte de las cátedras. A él se integra Max Henríquez Ureña —como ya hemos visto— el 15 de enero de 1917, ocasión en que es nombrado con carácter interino profesor del grupo 1ro., según consta en la copia del decreto de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes firmado por el entonces presidente de la República.[42]

Dos años después de creada la institución, el 4 de octubre de 1918, toma posesión Max Henríquez Ureña como director de la Escuela Normal de Oriente, cargo para el que había sido propuesto por el claustro de profesores el 16 de septiembre y en el que fue nombrado por decreto presidencial del 23 del propio mes.[43] Durante este período

de dos años —terminó el 4 de octubre de 1920—, el dominicano puso su talento al servicio de convertir la Escuela Normal en un verdadero centro de cultura, creó en la institución una biblioteca literaria que, según testimonios de quienes llegaron a conocerla, fue la mejor de Santiago de Cuba durante mucho tiempo, e imprimió su personalidad y amplio criterio al trabajo docente-educativo. Esa efectiva gestión al frente de la Escuela Normal, unida a sus excelentes dotes como educador, hicieron a Max acreedor de un prestigio que ha llegado hasta nuestros días.[44]

¿Será casual el hecho de que este período suyo al frente de la Escuela Normal de Oriente coincida con la celebración del primer y segundo Congresos de Profesores de las Escuelas Normales? Esto es algo que no sabemos a ciencia cierta; lo comprobado es que Max tuvo una fundamental participación en ambos, pues clausuró el primero —en La Habana— el 30 de diciembre de 1918 con el discurso "La Escuela Normal y su porvenir", y fue presidente de la comisión organizadora del segundo —en Santiago de Cuba—, que dejó abierto el 26 de diciembre de 1919 con su "Salutación al profesorado normal".

Nuevamente ocupa la dirección de este centro entre 1926 y 1928, con idénticos resultados e igual eficacia en su labor.[45] Apenas al frente de la institución, la Asociación de Maestros Normales crea el Centro de Altos Estudios para Maestros Normales, que pretendía contribuir a la superación del profesorado por medio de disertaciones libres. El centro fue inaugurado el 22 de octubre de 1926 por Max Henríquez Ureña, quien tuvo

a su cargo el primer ciclo de conferencias, compuesto por diez charlas sobre la evolución de la poesía en Cuba.[46]

En 1929 ve reconocido y acatado su prestigio docente, cuando forma parte de la delegación oficial cubana que, con Ramiro Guerra a la cabeza, participa en una reunión celebrada en Atlanta, Estados Unidos, durante los tres primeros días de julio con el fin de estudiar la constitución de una futura Federación Interamericana de Educación. De este viaje retorna en la segunda quincena del propio mes de julio, no sin antes haber visitado la Universidad de Virginia y la Duke University.[47]

Pero será necesario ahora volver al año 1917 para encontrar a Max Henríquez Ureña inmerso de lleno en la fundación del *Diario de Cuba,* que tuvo en él a su primer jefe de redacción. Desde el 1° de diciembre estará responsabilizado el dominicano no sólo con la redacción del diario, sino también con sus domingos literarios, mientras Guarina Lora, su esposa, se encargaba de la sección femenina. Sin embargo, el trabajo en el periódico es cada vez más agobiante: el bufete se resiente, el resto de la labor literaria escasea por falta de tiempo y hasta la salud se ve amenazada. Se impone pues abandonar el *Diario de Cuba* —"con gran sentimiento mío",[48] dirá Max—, cosa que se produce el 30 de marzo de 1918.

Muchos años después, Eduardo Abril Amores, director fundador del *Diario de Cuba,* firmó una declaración jurada[49] donde afirma que Max Henríquez Ureña regresó a la redacción del periódico el 1° de mayo de 1918, para ocuparse de las secciones sobre

la vida intelectual, teatral y literaria, hasta el 31 de marzo de 1920. Según Abril Amores, el dominicano reingresaría una vez más a la redacción del *Diario de Cuba* entre el 1° de octubre de 1922 y el 30 de octubre de 1930. Sin embargo, una revisión cuidadosa de este órgano de prensa parece indicar otra cosa.

En principio, la firma del quisqueyano no aparece después de marzo de 1918 en las secciones que indica el director del diario, salvo en colaboraciones muy esporádicas. Luego, las referencias a su persona publicadas en este período demuestran afecto, pero no hay el tono íntimo que se empleaba por la época para aludir a los compañeros de redacción: "Después de varios días de permanencia en La Habana regresó ayer a Santiago nuestro distinguido amigo el brillante escritor y conferencista Max Henríquez Ureña. Llegue hasta él nuestro saludo afectuoso y cordial."[50]

La duda parece confirmarse cuando en mayo de 1918 un reportero del periódico entrevista a Max Henríquez Ureña en los siguientes términos:

> Uno de los miembros de la Junta Directiva de la "Sociedad Editorial Cuba Contemporánea" vive actualmente en Santiago de Cuba, y además, es compañero y amigo que hasta hace poco compartió con nosotros las tareas del *Diario de Cuba* como jefe de redacción: el Dr. Max Henríquez Ureña [. . .] Es verdad que la tarea se simplificaría mucho más si para el caso se aprovecha cualquier ocasión en que el Dr. Henríquez Ureña viene a vernos, cosa

frecuente, dado lo próximo que se encuentra a nosotros [...] [51]

En realidad, se hace difícil creer que el párrafo anterior se refiera a un compañero de redacción que, según Abril Amores, recibía un salario de 100 pesos mensuales. Tampoco durante el mes de octubre de 1922 ha sido posible detectar en el diario alguna nota que informara sobre el reingreso de Max, como era usual entonces, ni mucho menos se encuentra su firma en las secciones que supuestamente atendía.

Vale reconocer, eso sí, que fue *Diario de Cuba* el más entrañable órgano de la prensa santiaguera para Max Henríquez Ureña, aquel donde realizó una labor más amplia y consistente, al que se sintió siempre ligado y del que fue colaborador constante.

Ahora bien, con el cese de la Primera Guerra Mundial, en 1918, se abren nuevas posibilidades para reactivar la cuestión dominicana y las esperanzas, que habían permanecido a la expectativa desde principios de 1917, desembocan en una campaña que cobra fuerza vertiginosamente. El 30 de diciembre de 1918 se crea, con carácter de comité central y presidido por don Emilio Bacardí, el Comité Pro Santo Domingo de Santiago de Cuba; sólo seis días después, el 5 de enero de 1919, Max Henríquez Ureña, aprovechando su estancia en la capital del país para participar en el Primer Congreso de Profesores de las Escuelas Normales, funda igual célula solidaria en La Habana.

El movimiento no se detiene: a principios de 1919 Max se da a la tarea de organizar similares comités en ciudades y pueblos como Bayamo, Manzanillo, Guantánamo,

Holguín, Gibara, San Luis, Palma Soriano, Jiguaní, Songo, Antilla, Banes, entre otras.[52] Discursos, arengas, disertaciones, van haciendo que la campaña crezca, se disemine por todo el país y logre importantes fondos monetarios para los pasos futuros, decisivos.

En julio viaja Max Henríquez Ureña a Nueva York para reunirse con su padre, su tío Federico Henríquez y Carvajal, su hermano Pedro, el escritor Tulio M. Cestero, entre otros. Allí crean la Comisión Nacionalista Dominicana, que de inmediato se traslada a Washington e inicia gestiones cerca del Gobierno de los Estados Unidos. No obstante, el presidente Wilson cae enfermo y se hace necesario suspender toda iniciativa, replegarse momentáneamente, y continuar fortaleciendo el movimiento. Así, Max regresa a Santiago de Cuba, donde se encuentra ya en septiembre de 1919, pues el 1° de octubre deja inaugurado el curso de la Escuela Normal de Oriente con su disertación "En torno a los estudios gramaticales".

El tiempo, por supuesto, no se ha detenido y durante, inmediatamente antes o después de estos meses acaecen sucesos de interés para el dominicano: el 3 de marzo de 1919 nace su segundo hijo, Leonardo; en 1918 publica *Rodó y Rubén Darío* (La Habana, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea); mientras que en 1919 aparecen *El ocaso del dogmatismo literario* (La Habana, Imprenta El siglo XX de la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea) y *Los Estados Unidos y la República Dominicana*,[53] del que se imprimieron muy pocos ejemplares para enviarlos a las cancillerías de diversos países.

En realidad, el aparente repliegue de la

Comisión Nacionalista Dominicana se mantiene aproximadamente un año. En ese interín, entre continuas actividades patrióticas, docentes y culturales, Max Henríquez Ureña resulta escogido por una sociedad anónima que habían creado varios accionistas santiagueros para dirigir un nuevo diario, *El Sol,* cuyo número inicial vio la luz el 1° de junio de 1920.

Desde el nombre del periódico, pasando por su perfil noticioso, hasta la selección del personal que integró su redacción, corrió a cargo de Max Henríquez Ureña, [54] quien además lo dotó de un tabloide semanal que, bajo el título de *Sol del Domingo,* se dedicaba a temas culturales y, en específico, literarios. Alrededor del diario, incluso, se hicieron esfuerzos por generar un movimiento editorial, que dio como fruto el libro de cuentos y crónicas de Armando Leyva *Las horas silenciosas,* aparecido en el propio año de 1920 con prólogo de Max y a la sombra de la Empresa Editorial El Sol, S.A.

Quienes conocieron el periódico[55] no escatiman elogios para su calidad, lo cual es asimismo válido en el caso del suplemento literario *Sol del Domingo,* del cual un gusto tan selectivo como Regino E. Boti diría: "Esto viene principalmente por el primer número de 'Sol del Domingo', que recibí ayer y encuentro muy bien." [56] Aún más, es posible seguir en la correspondencia del guantanamero sus reclamos para recibir y coleccionar, tanto el diario como el tabloide.

Sin embargo, el periódico no pudo sobrevivir la crisis económica y desapareció en 1921, después de cumplir su primer año de vida, hecho que revistió caracteres dramáticos, cuando el periodista Carlos Martínez

Anaya ultimó al teniente Jardines, quien había intervenido en una discusión surgida entre Martínez Anaya y su padre, Enrique Jardines, en las páginas de *El Sol*. Claro que, para suerte suya, Max Henríquez Ureña no vivió en carne propia la decadencia y ruina del diario en que había invertido tantos esfuerzos, pues en octubre de 1920 había abandonado la dirección de *El Sol* y marchado a Nueva York para reunirse con su padre y el resto de la Comisión Nacionalista Dominicana. Más tarde, durante su viaje por Sucodamérica, Henríquez Ureña mantuvo una colaboración constante para *El Sol* bajo el título de Postales de viaje.

La Comisión adoptó una posición enteramente radical ante la situación dominicana. No sólo demostró la ilegalidad de la ocupación norteamericana, denunció los numerosos crímenes cometidos durante el período del Gobierno Militar y exigió la salida de las tropas extranjeras, sino que se negó de manera sistemática a aceptar las condiciones propuestas por Estados Unidos para la desocupación del país; esto es: reconocimiento de la actuación y las resoluciones emanadas del Gobierno Militar durante su permanencia en el poder; aceptar la presencia de una misión militar estadounidense que entrenaría y dirigiría al ejército dominicano; ampliar las atribuciones de la Receptoría de Aduanas (manejada por los norteños desde 1907), de modo que ésta tuviera partipación en todo lo relacionado con las finanzas de la República Dominicana; entre otras.

La campaña en pro de la independencia dominicana ha llegado a su punto culminante. En Nueva York, los miembros de la Comisión Nacionalista insisten en hacerse oír

por el Gobierno norteamericano, se entrevistan con personajes influyentes, dan a conocer sus criterios a la prensa, etc. Convencidos de que los términos de la cuestión dominicana debían ser bien divulgados y que resultaba indispensable ganar el apoyo de otros gobiernos del continente, salen Max Henríquez Ureña y Federico Henríquez y Carvajal rumbo a Sudamérica el 1° de diciembre de 1920 en el vapor Aeolus.[57]

El 20 de diciembre de ese año llegan a Montevideo; el 11 de enero de 1921 están en Buenos Aires; el 10 de febrero, tras accidentado viaje ferroviario, se encuentran en Asunción; regresan a Buenos Aires el 21 de febrero; el 7 de marzo pisan tierra de Santiago de Chile; y el 25 de marzo hacen lo propio en Lima. En todas partes la actividad es febril: se reúnen con altas personalidades gubernamentales; recaban el apoyo de los intelectuales; disertan sobre pormenores económicos, políticos, jurídicos, etc. de la intervención; se entrevistan con la prensa; entre otras muchas.

Cuando el 21 de febrero Max Henríquez Ureña retorna a Buenos Aires, encuentra muy inquietantes noticias: Guarina le escribe desde La Habana bajo un profundo estado de depresión anímica, causado por el agravamiento de una enfermedad que poco a poco iba apagando su audición y por la propia ausencia de Max. El 5 de marzo de 1921, en vísperas del viaje a Santiago de Chile, el dominicano escribe a su esposa:

> Mañana por la mañana nos vamos a Chile, según te anuncié en el cablegrama que te puse el día del aniversario de Leonardo. También te decía en ese cable, que me esperaras en La Ha-

> bana el 14 de abril[...]
> Ya tengo combinadas las cosas para llegar a La Habana en la fecha que te indico, o a más tardar el 17. Estaré muy pocos días en La Habana, nos iremos a Oriente a preparar el viaje largo, y en mayo nos embarcamos. Creo que ahora podemos hacerlo en el mismo puerto de Santiago, y eso será una comodidad. Y entonces... adiós vieja ciudad.[58]

Los planes del dominicano se cumplen casi a la perfección. Exactamente el 14 de abril de 1921 desembarca en el puerto de La Habana y, aunque no puede ir a Santiago de Cuba hasta el 16 de mayo a causa de una huelga de los ferrocarrileros, el 21 de mayo el claustro de la Escuela Normal de Oriente le otorga una beca de viaje a Europa, hacia donde sale desde el puerto de Santiago junto a su esposa e hijos el 23 de junio, con el objetivo de radicarse en París.

El ánimo de estudio, la esperanza de someter el estado de sordera progresiva de Guarina a competentes especialistas franceses y la necesidad de distracción, parecen amalgamarse en este viaje. Una vez en París, el 15 de julio, comienza el tratamiento de Guarina, que terminó en una pequeña operación. Por su parte, Max no pierde tiempo: tras recibir la sorpresa de ver impresas las *Páginas escogidas* de José Martí que él había seleccionado y prologado para la Casa Garnier, emprende viaje acompañado por Emilio Roig de Leuchsenring, Carlos Loveira —iba "como delegado técnico a la Comisión Obrera de Ginebra"—[59] y Laura G. de Zayas Bazán a Berlín y Viena, donde recibe —dos días después de haber llegado—

la noticia de la muerte en Cuba del general Saturnino Lora, padre de Guarina, por lo que regresa precipitadamente a París.

Consta en el ya citado diario que, durante la estancia berlinesa, el grupo realizó serias gestiones para entrar como periodistas en la entonces joven Rusia bolchevique y así "hacer una observación imparcial del régimen y los acontecimientos", cosa que no fue posible debido a la demora de los trámites legales. El interés parece encontrar explicación en el hecho de que, tanto Henríquez Ureña como Laura G. de Zayas Bazán, pertenecían a la filial habanera del grupo Clarté, que había fundado en París el escritor Henri Barbusse para denunciar las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y promover la solidaridad con la Revolución de Octubre. Al respecto, abunda la investigadora Ana Cairo:

> La filial cubana de la agrupación *Clarté* se constituyó en 1919. [Luis A.] Baralt fue secretario de correspondencia y [Luis] Gómez Wanguemert el secretario de actas. Entre sus miembros figuraron también Max Henríquez Ureña y Bernardo Merino, este último periodista español. El grupo, que era secreto[...] se disolvió en 1921. Su existencia fue desconocida, hasta muchos años después, para los medios culturales.[60]

En realidad, este viaje prácticamente pone fin a la actuación directa de Max Henríguez Ureña dentro de la cuestión dominicana, si se toma en consideración, primero, que sólo durante una breve estancia en Madrid —febrero de 1922— se refiere a este tema en dos conferencias[61] y, segundo, que luego de su regreso a París, sale

para Italia a mediados de marzo y, finalmente, retorna a Cuba, donde debe haber llegado el 27 o el 28 de abril.[62] Esto es, sólo dos meses antes de que un grupo de la oligarquía dominicana formado por jefes de partidos políticos presentara al Gobierno Militar de Estados Unidos un memorandum que proponía negociar la evacuación de las tropas norteamericanas a cambio de aceptar la mayor parte de las condiciones planteadas por el Gobierno yanqui, lo que provocó la retirada de la Comisión Nacionalista Dominicana.

El intenso quehacer desplegado por Max Henríquez Ureña en torno a la cuestión dominicana entre 1916 y 1921 le propicia una vinculación a la actividad política que intensificará al concluir su estancia europea. Apenas asentado en su "solar oriental", se pone al frente del Partido Nacionalista de Oriente, que él mismo había creado, y se lanza a la liza electoral municipal de 1922.[63] Más de cuarenta arengas y discursos pronuncia el dominicano a lo largo de la campaña.

Corre el año de 1922 en un país dominado por la politiquería y la demagogia, manejado descaradamente por la embajada yanqui y carcomido por la corrupción administrativa que los gobernantes zayistas son los primeros en manipular. Es precisamente el saneamiento político y administrativo del país y el rechazo a la injerencia norteamericana el centro del programa propuesto por el Partido Nacionalista de Oriente, que estuvo formado más bien por intelectuales y representantes de gremios obreros que por políticos profesionales, y que intentó situarse por encima de la re-

tórica electoral al uso. Es bien cierto que el Partido Nacionalista no sobrevivió a esas elecciones de 1922 y que no fue nunca en realidad un núcleo político de fuerza, pero logró una amplia campaña desde las páginas del *Diario de Cuba* y colocó a tres de sus miembros como concejales del municipio Santiago de Cuba; entre ellos se contaba Max Henríquez Ureña, quien obtuvo un total de 789 votos.[64]

La posición política del dominicano se cimenta sobre el rechazo de plano a la corrupción de los gobernantes criollos y la necesidad de sanear el país:

> Hemos de convenir en que la audacia y la falta de escrúpulos de los unos, frente a la escasa energía cívica de los otros, hacen que Cuba se encuentre hoy frente a una completa subversión de valores morales. Es preciso, ciertamente, poner el alma y el espíritu en una labor de regeneración política colectiva.[65]

Pero las soluciones que esboza ponen de manifiesto su carácter profundamente conservador. Así, llama a una regeneración por medio de la cultura y la educación que, con un programa cuidadoso, sea capaz de evitar la "rebeldía sorda de las muchedumbres",[66] de lograr una "nivelación social" gracias a la edificación de obras que permitan a las clases desposeídas el disfrute de los placeres estéticos que estaban al alcance de los pudientes.

Igual sucede con sus apreciaciones sobre los Estados Unidos, aferradas al nacionalismo generalizador y lastradas por el trauma de la intervención norteamericana en su país, del que ya no se librará jamás.

Y es que tenemos que luchar frente a estos aspectos vitales de la cuestión: el enorme incremento del capital extranjero, y el fenómeno creciente de que el cubano se desposee de la tierra y ésta pasa a propiedad extraña [. . .]

Tenemos que analizar fríamente, y sin exaltaciones peligrosas, el problema de ese otro capital, el netamente extranjero, el que extrae los productos de nuestra riqueza y los va a repartir fuera de Cuba. La mayoría de ese capital tiene su arraigo y su fuerza en los Estados Unidos, y mejor aún [. . .] en Wall Street. Y al decir esto, no puede haber animosidad alguna contra la gran nación amiga, y menos aún contra el pueblo laborioso y grande de los Estados Unidos [...] [67]

Superada la frustración y el pesimismo provocados por la intervención norteamericana de 1898 y la República neocolonial de 1902, los años veinte conocen en la Isla un fuerte impulso de renovación que los convertirá en una década convulsa, plena de conquistas para el movimiento revolucionario cubano. En ese despertar de la conciencia nacional, que contó con la activa participación de la intelectualidad cubana más avanzada, debe inscribirse la actividad política desplegada por Max Henríquez Ureña, quien sin embargo no puede desembarazarse de formas de pensar que pertenecen por entero a la llamada primera generación republicana.

El quehacer político desplegado por Max Henríquez Ureña en la tercera década del siglo XX cubano es muestra de su preocu-

pación y su amor por nuestro país y, a la vez, contiene en sus desaciertos, conservadurismos y temores los gérmenes que nueve años más tarde lo acercarán a la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo.

El vínculo de Max Henríquez Ureña con la política cubana se mantendrá en los años subsiguientes a 1922. No sólo participa desde su puesto de concejal en la vida social santiaguera, propone la edificación de obras necesarias —la Escuela de Artes y Oficios, por ejemplo—, sino que en 1923 se integra al movimiento iniciado por la Asociación de Veteranos y Patriotas, en apoyo al cual publica una carta en diversos medios de prensa y da a conocer su parecer en múltiples discursos;[68] aprueba la Protesta de los Trece que, en la capital del país, encabezara Rubén Martínez Villena;[69] participa en la constitución de la Asociación Provincial de Colonos de Oriente, desde cuya tribuna intentaba defender a los colonos nacionales frente al capital extranjero y evitar que el país continuara pasando a manos extrañas; etcétera.

En medio de esta febril actividad (a la que sería necesario sumar el trabajo en su bufete particular, como catedrático de la Escuela Normal de Oriente, etc.) todavía encuentra Max Henríquez Urena tiempo para una empresa educacional de extrema importancia en el Santiago de entonces: la creación y dirección de la Escuela Libre de Derecho González Lanuza, que pretendía facilitar a los estudiantes de derecho residentes en la provincia de Oriente los medios para realizar la carrera sin necesidad de trasladarse permanentemente a la capital del país.

La escuela alcanzó a organizar dos cursos: sus clases se abrieron por primera vez el 2 de octubre de 1922 y cerraron a mediados de mayo de 1923, coronadas por un éxito que impulsó su repetición en fechas similares de 1923-1924.[70] A lo largo de su corta vida, la Escuela Libre de Derecho recibió una gran cantidad de elogios, tales como el enviado por el Dr. Bustamante, de la Universidad de La Habana, quien no sólo aplaude la iniciativa, sino que ve en ella "probablemente el germen de nuestra segunda universidad, que ya está haciendo falta en la parte oriental de la Isla."[71] Cierto o no, el germen demoraría aún treinta años en fructificar.

Por otra parte, desde principios de 1923, en el centro mismo de su actividad política y docente, se prepara Max Henríquez Ureña para optar por una cátedra de literatura en la Universidad de La Habana. Mientras espera que se convoque a oposiciones, se entrega en Santiago de Cuba a la creación de un grupo de folklore cubano, que vendría a ser extensión de la Sociedad de Folklore Cubano fundada en La Habana por Fernando Ortiz, Enrique José Varona y José María Chacón y Calvo, entre otros. Sobre la actuación del grupo formado por Max no he tenido noticia alguna.

Finalmente, en junio de 1923 la Universidad de La Habana llama a oposiciones y Max Henríquez Ureña presenta los temas "La épica popular en España", el 11 de junio, y "Schiller: su obra y su influencia en la literatura alemana", dos días después. Pierde, sin embargo, el dominicano las oposiciones en decisión que, según parece, tomó muy en cuenta su condición de extran-

jero. De inmediato, múltiples instituciones y personalidades repudian públicamente el resultado y organizan actividades para agasajar a Max que, apesadumbrado, regresa a Santiago de Cuba en julio. Desde allí escribe a Chacón y Calvo tres meses después: "Y dentro de dos meses salen mis dos volúmenes de *Discursos y conferencias.* Es mi primer manifiesto después de la derrota. Es el resumen de mis actividades de hombre que quiere ser útil. Yo no sé si hay obra de escritor, pero creo que en estos volúmenes hay un alma."[72]

Si Max Henríquez Ureña concedía tal importancia a la edición de ese libro se debía no tanto a lo que podía significar luego de la injusticia cometida en su contra, como al hecho de que esos volúmenes contendrían el resultado de una etapa de trabajo como crítico, ensayista y orador. No obstante, el entusiasmo desaparece muy pronto, se diluye, y en las bibliografías personales que Max prepara en el futuro no menciona *Discursos y conferencias.* ¿Es que acaso no fue impreso?

Zenaida Gutiérrez-Vega da como un hecho la publicación de la obra y, aún más, reproduce en la nota 64 de su trabajo la ficha bibliográfica de la misma: "Max Henríquez Ureña: *Discursos y Conferencias.* Santiago de Cuba, 1924, 2 vols."[73] Sin embargo, en las pesquisas realizadas solamente me ha sido posible encontrar el que debía ser primero de esos dos volúmenes, editado en La Habana[74] y no en Santiago de Cuba; ¿de dónde extrajo entonces la investigadora tal referencia bibliográfica? Más que responder esa interrogante, prefiero aventurar otra hipótesis: sólo este pri-

mer tomo de la obra vio la luz a fines de 1923, con un número tan crecido de erratas y omisiones, que el dominicano prefirió desautorizar la edición.[75]

Resulta muy evidente que, a partir de 1925, la actividad política de Max pierde fuerzas, mientras su laboreo cultural se hace más concentrado; es quizás menos amplio, pero también menos disperso, más maduro, lo cual por otra parte tiene su explicación en la evidente disolución del ambiente cultural santiaguero que, tras su efervescencia en las dos primeras décadas del siglo, comienza a perder fuerza luego de 1920, aproximadamente.

A las ocupaciones que por entonces le eran habituales, suma Max Henríquez Ureña la publicación en 1926 de dos títulos: *El intercambio de influencias literarias entre España y América durante los últimos cincuenta años (1875-1925)* (La Habana, Cuba Contemporánea) y el *Programa de gramática castellana;* primer curso (Santiago de Cuba, Librería y Papelería Renacimiento). Un año después se adhiere en carta pública enviada a la revista *Social,* al manifiesto formulado por el Grupo Minorista, fundamental agrupación de intelectuales cubanos a la que el dominicano, de hecho, pertenece.

Pero 1927 marca un momento álgido en el período santiaguero de Max Henríquez Ureña por una razón diferente: es el año en que, junto a otros intelectuales, funda la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente, filial de la que se había organizado en La Habana bajo la dirección de Fernando Ortiz a finales de 1926. Sobre la fecha en que se constituyó la institución

oriental parece existir cierta divergencia: Camila Henríquez Ureña sostiene que fue creada en ***diciembre de 1927*** y, a renglón seguido, describe el acto inaugural de sus actividades, celebrado el ***18 de diciembre***.[76] Sin embargo, el número 7 de la revista *Archipiélago,* correspondiente a noviembre de 1928, publica una reseña sobre el primer aniversario de la institución, que se había cumplido el ***6 de noviembre,*** y además hace un resumen de las actividades realizadas durante ese primer año de vida.[77]

Por un lado, Camila es un testigo de excepción; por el otro, parece de todo punto de vista inadmisible que quienes habían fundado la institución equivocaran la fecha sólo un año después. ¿Entonces? Lo cierto pudiera estar en que la institución fuera constituida el 6 de noviembre de 1927 —fecha en que, por cierto, Max fue electo presidente—, pero sus actividades no se iniciaran hasta el acto del 18 de diciembre y que esto haya confundido a Camila.

Esencialmente, la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente, que llegó a constituir una filial en Manzanillo, se propuso la búsqueda de un acercamiento entre los países de habla española —con España como centro—, hermanados por raigales similitudes históricas y culturales. Operaba normalmente a través de la organización de actividades culturales (musicales, literarias, etc.) y, sobre todo, de conferencias que eran ofrecidas, en su gran mayoría, por disertantes invitados. Así, por ejemplo, durante su primer año de vida (1927-1928) la institución oriental propició 30 actos de cultura, de los que 28 fueron conferencias; a tales

efectos, escalaron su tribuna 13 disertantes cubanos, 10 españoles y 6 hispanoamericanos.[78]

Ahora bien, una institución que pretendía tender un puente entre los países de habla española y reafirmar aquellos elementos culturales comunes que los identificaban, requería de voz, de un medio capaz de expresarla y recorrer distancias abrumadoras sin perder la intensidad de su mensaje: eso precisamente fue la revista *Archipiélago*, órgano mensual de la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente que, bajo la dirección de Max Henríquez Ureña, vio la luz en mayo de 1928.

Excelentemente impresa, *Archipiélago* llenó las necesidades divulgativas de la institución oriental, publicó discursos y charlas auspiciadas por ella y, sobre todo, intentó dar cabida a la literatura hispanoamericana y española del momento. En este sentido, mantuvo la sección Páginas antológicas, donde aparecían muestras de la obra de autores hispanoparlantes que poseían un prestigio consolidado o auguraban un futuro promisorio. Con *Archipiélago*, Max Henríquez Ureña logró sin dudas una de las publicaciones culturales más brillantes que se hacían en el país por la época y una de las mejores revistas que, en este terreno, se haya realizado en Santiago de Cuba.

Curiosamente, los más importantes estadios de las revistas en Santiago de Cuba se han producido durante momentos de grandes conmociones económicas, políticas, y sociales. Así sucedió, como ya vimos, en la primera década del siglo XX, tras la cual la emergencia de revistas inició un descenso cuantitativo y cualitativo que se fue acen-

tuando con el tiempo. Pero, en la misma medida que se aproximan los años treinta, la crisis económica y política se ahondan y la agitación popular crece, asistimos a una eclosión del movimiento revisteril en la antigua capital de Oriente.

No es sólo que entre 1927 y 1932 la investigación mencionada al principio haya detectado 28 nuevas revistas, sino sobre todo que aparecen en el período algunas de las más notables que ha conocido el siglo XX santiaguero. Tres de ellas merecen particular atención: *Cuba* (1930), dirigida por Manuel González Borrero y que había irrumpido un año antes con el nombre de *El Chofer de Cuba; Revista de Oriente,* la soberbia publicación fundada en 1928 por Primitivo Cordero Leiva; y *Archipiélago,* sin dudas la más erudita y dotada de mayor alcance entre las tres. Todas perecerían aplastadas por las condiciones que desembocarían en la revolución antimachadista.

*Archipiélago* generó a su alrededor un movimiento editorial que se nutría, fundamentalmente, de los plomos empleados en ella; de ahí que los textos impresos, en su enorme mayoría, hubieran sido publicados antes en el mensuario. Por esta vía (Ediciones Archipiélago) dio a conocer Max Henríquez Ureña los siguientes títulos: *Tablas cronológicas de la literatura cubana* (1929); *Tratado elemental de música*[79] (1929), escrito en colaboración con Antonio Serret; *Antología cubana de las escuelas,* primer fascículo (1930), antología de la literatura cubana seleccionada y anotada por Max; *El libro de Santiago* (1931), formado en lo fundamental por un extenso trabajo de Max sobre los siglos XVI y XVII en

Santiago de Cuba; *Fosforescencias* (1930), su segunda colección de versos. A estos deben añadirse los siguientes libros: *Los yanquis en Santo Domingo* (Madrid, M. Aguilar Editor, 1929), edición que completa el volumen que sobre este tema se había publicado en cantidad muy limitada durante 1919; y, finalmente, *El retorno de los galeones* (Madrid, Compañia Iberoamericana de Publicaciones Renacimiento, 1930).

La Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente propició la visita de numerosos intelectuales nacionales y extranjeros a Santiago de Cuba —Federico García Lorca incluido— y creó un intenso movimiento cultural en la antigua capital de Oriente. Sin embargo, su actividad se vio tronchada por la aguda crisis creada durante el gobierno de Gerardo Machado. Así, en diciembre de 1930 sale el último número de *Archipiélago* y, muy poco después, cesa completamente la institución.

Con este centro de cultura cierra de manera culminante el mayorazgo intelectual ejercido por Max Henríquez Ureña en Santiago de Cuba a partir de 1914 y resulta el proyecto más maduro y efectivo de los muchos que acometiera entre nosotros el dominicano, cuyo quehacer como animador de la cultura en la ciudad le ganó las más altas cumbres del respeto y la admiración. Resulta sintomático que el bayamés Joaquín Leocadio Vélez, mientras realizaba algunas gestiones culturales en Santiago de Cuba, escribiera a Regino E. Boti en 1930: "He sabido ganarme a Max, es aquí el sésamo ábrete."[80]

Cerrada la Escuela Normal de Oriente, disuelta la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente, diluido el ambiente cultural en medio de una doble crisis —la económica capitalista y la política que llevaría al derrocamiento de Machado—, Max Henríquez Ureña opta por regresar a Santo Domingo. Esta decisión debió ser precedida por paulatinos contactos con el gobierno de Rafael Leónidas Trujillo, contactos que tuvieron su primera manifestación evidente con la designación de Max Henríquez Ureña para presidir la delegación dominicana que, en diciembre de 1930, asistió a las conmemoraciones por el centenario de Bolívar, en Venezuela, donde éste pronunció —sólo en parte— su discurso "A Bolívar".

El 29 de enero de 1931 Max Henríquez Ureña es nombrado para prestar servicios en comisión como delegado técnico del Superintendente de Escuelas de Oriente, pero en realidad desempeñará por muy poco tiempo ese cargo. Tras el cierre definitivo de la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente, parte hacia República Dominicana, donde se encuentra ya en el mes de mayo. Allí será designado catedrático de literatura en la Universidad de Santo Domingo y, el 27 de agosto de 1931, tomará posesión como funcionario de la Secretaría de Releciones Exteriores de República Dominicana.[81]

## III

Cuando Max Henríquez Ureña llega por primera vez a Santiago de Cuba tiene 19 años de edad; al momento de abandonar definitivamente su solar oriental ronda los 46. Entre una y otra fecha median 27 años, de los cuales más de 17 fueron vividos, con varias interrupciones importantes, en la ciudad santiaguera. Pero entre ambas fechas media también el perído medular y definitorio de su formación, indispensable para calar en su actividad intelectual posterior.

Al abandonar la Isla, dejaba tras sí un intenso quehacer cultural que lo vinculó, aunque en ocasiones sólo fuera de un modo superficial, a cuanto suceso literario trascendente tuvo lugar en Cuba durante las tres primeras décadas del presente siglo. En Santiago de Cuba pudo este dominicano que jamás se sintió extranjero entre nosotros convertirse, gracias a su talento y actividad, en la vanguardia indiscutible de la cultura oficial; trajo a la ciudad las más modernas formas de promoción cultural y de organización intelectual que se empleaban por la época; e influyó de modo decisivo sobre los más importantes medios docentes de la región, con una amplitud de miras que le permitió sortear afortunadamente el peligro del provincianismo a ultranza, siempre amenazante, estéril y cerrado. No es de extrañar entonces que su laboreo, por un lado, jamás perdiera los contactos con el resto de Hispanoamérica y, por el otro,

alcanzara repercusión nacional e, incluso a veces, continental.

Queda también una amplísima labor como poeta, narrador, investigador, historiador y crítico literario, cuya verdadera significación no ha sido medida aún. Fue Max Henríquez Ureña uno de los mejores críticos literarios del país durante las primeras décadas del siglo XX, etapa en que la estimativa literaria nacional sufre un estancamiento que contrasta con la poderosa tradición heredada en este terreno de la pasada centuria, y un profundo estudioso de la literatura cubana. Sus preocupaciones y búsquedas en ese sentido darán cuerpo en los años sesenta al indispensable *Panorama histórico de la literatura cubana,* obra de madurez que es posible seguir en sus avances y penetraciones sucesivas desde el segundo decenio del siglo hasta su realización definitiva cincuenta años más tarde.

Cierto que Max Henríquez Ureña no fue toda la cultura santiaguera de la época, como algunos en ocasiones parecen creer, pero sí han de reconocerse en honor a la más estricta justicia la sangre fresca, el esfuerzo desinteresado, el talento poderoso y la cultura honda que entregó el dominicano a la cultura de Santiago de Cuba.

Mayo-diciembre de 1984

## NOTAS

1 Max Henríquez Ureña: *Hermano y maestro*. República Dominicana, Librería Dominicana, 1950, p. 34. También del mismo autor, *La Sociedad de Conferencias de La Habana* ("Cuadernos de historia habanera", No. 58). La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1954, p. 11.

2 Max parece haber llegado a Santiago en uno de estos dos meses pues el número 1 de la revista *Cuba Literaria,* publicado el 7 de junio de ese año, dice que él y Marino Henríquez habían sido recibidos el viernes anterior en la Sociedad Filarmónica por estar recién llegados de Santo Domingo (p. 8). Siete números después (30 de julio) Max publica en esta misma revista una descripción de su entrada a Santiago por mar (p. 61-62).

3 *Cuba Literaria,* año I, No. 1, junio 7 de 1904, Santiago de Cuba, p. 1-2.

4 Max Henríquez Ureña: "Una visita a Guantánamo", en *Cuba Literaria,* año II, Nos. 47 y 48, mayo 31 de 1905, Santiago de Cuba, p. 145-151. A lo largo de estas pesquisas fue posible recopilar más de 70 conferencias importantes impartidas por Max Henríquez Ureña, que no se aluden en el texto para no hacer mayor su ya de por sí dilatada extensión.

5 *Vid.* "Ariel, la obra de José Enrique Rodó", en *Cuba Literaria,* año II, Nos. 29 y 30, enero 12 de 1905, Santiago de Cuba, p. 15.

6 Resultados parciales de una investigación en marcha indican la aparición en Santiago de 82 revistas entre 1900 y 1910, cifra que no incluye los numerosos periódicos informativos. Al año 1904 pertenecen nada menos que 14 de esas revistas.

7 El último número de *Cuba Literaria* consultado por mí es del 28 de julio de 1905.

8 *Cuba Literaria,* año II, No. 49, junio 7 de 1905, Santiago de Cuba, p. 162.

9 No resulta ocioso aclarar que Max se radicó en Cuba nuevamente en la década del cincuenta, pero esa estancia, dados los límites de la investigación, queda fuera de mi interés.

10 El tiempo que Max estuvo vinculado a las diversas publicaciones habaneras ha sido tomado, en la inmensa mayoría de los casos, de certificaciones expedidas posteriormente por personal dirigente de ellas. Dichas certificaciones se encuentran en el archivo de Max Henríquez Ureña, Instituto de Literatura y Lingüística, C.M. 53, No. 197, que en lo sucesivo se anotará como I.L.L. De cualquier modo, no descarto la posibilidad de que una revisión de las publicaciones pueda precisar o rectificar algunas fechas pues, en tanto el período habanero de Max Henríquez Ureña escapa al centro de este trabajo, me he limitado a reproducir la información sin una acuciosa crítica de fuentes.

11 *Hermano y maestro,* p. 36.

12 A partir de 1913, debido a problemas económicos, queda sólo como Ateneo de La Habana.

13 "Notas", en *Ilustración Cubana,* año I, No. 29, 20 de octubre de 1906, Santiago de Cuba, p. 4.

14 Diario escrito en 1907, I.L.L., sin clasificar.

15 Max Henríquez Ureña: *Hermano y maestro,* p. 42.

16 Zenaida Gutiérrez-Vega sostiene que Max había regresado de México a La Habana, cuando queda fuera de toda duda su retorno a Santiago de Cuba. *Vid.* "Max Henríquez Ureña, cartas de un maestro", en *Cuadernos Hispanoamericanos,* No. 380, febrero de 1982, Madrid, p. 299.

17 *Crónicas de Santiago de Cuba.* Santiago de Cuba, Editorial Arroyo, 1953, t. I, p. 273.

18 "Crónica, en *La Independencia,* Vol. XI, No. 156, 7 de julio de 1908, Santiago de Cuba, p. 5.

19 Max Henríquez Ureña: "A todos y a ninguno", en *El Cubano Libre,* año 15, No. 258, 15 de septiembre de 1909, Santiago de Cuba, p. 2.

20 Carta de Regino E. Boti a Max Henríquez Ureña, 17 de septiembre de 1909. El original inédito se conserva en el archivo de Boti. en Guantánamo.

21 *Vid.* Certificación expedida por el Secretario del Ateneo de La Habana en 1917, I.L.L., C.M. 53, No. 197.

22 *Vid.* Max Henríquez Ureña: *La Sociedad de Conferencias de La Habana,* p. 21.

23 Véase, por ejemplo, el artículo "Sálvese la poesía" que, en defensa de la Sociedad de Conferencias, publicó Max a principios de 1912 en el diario *Cuba,* del que —según sus propias palabras— era redactor por esa época. *Ibid.,* p. 41.

24 *Vid.* Certificado del Secretario General de la Academia Nacional de Artes y Letras expedido en 1917, I.L.L., C.M. 53, No. 197.

25 I.L.L., C.M. 53, No. 196.

26 Museo Emilio Bacardí, ver sobre todo los legajos 1 y 8.

27 *Vid.* Max Henríquez Ureña: "Arabescos mentales", en *El Fígaro,* año 29, No. 38, septiembre 21 de 1913, La Habana, p. 465-466. La labor que como crítico literario desplegó Max en el período y su aporte a la estimativa literaria nacional, son aspectos que están solicitando urgente estudio.

28 Debe aclararse que la estructura del Ateneo preveía un presidente, tres vicepresidentes, un director, un secretario, un tesorero, con sus tres vices correspondientes, y los vocales. De ellos, el director vendría a ser el cargo ejecutivo.

29 *El Ateneo de Santiago de Cuba;* su fundación, su primer año, su porvenir. La Habana, Imprenta de Aurelio Miranda, 1916. *Ateneo de Santiago de Cuba;* memoria presentada por el director durante los años 1915 a 1918. La Habana, Imprenta El Siglo XX de la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, 1919.

22 *Vid.* Certificación expedida por el Secretario del

30 "Del Ateneo", en *Diario de Cuba,* año I, No. 3, 3 de diciembre de 1917, Santiago de Cuba, p. 8.

31 *Vid.* "El renacimiento del Ateneo", en *Diario de Cuba,* año I, No. 236, 27 de julio de 1918, Santiago de Cuba, p. 1.

32 Ver las ediciones del *Diario de Cuba* correspondientes a las siguientes fechas y páginas: 3 de diciembre de 1917, p. 8; 11 de febrero de 1918, p. 3; 10 de junio de 1918, p. 1 y 6; 25 de julio de 1918, p. 8..

33 En el hasta hoy inédito trabajo de diploma "Historia y significación del Ateneo de Santiago de Cuba", realizado bajo mi tutoría por Oraida Guerra, se estudia pormenorizadamente la conformación y sentido del Ateneo, al tiempo que se reseñan las 44 actividades culturales organizadas por el mismo que ha sido posible localizar en la prensa de la época.

34 Camila Henríquez Ureña consigna erradamente que en la Academia se llevaban adelante estudios de derecho. Sin dudas, la destacada profesora confunde éste con otro proyecto semejante y más amplio que ensayará Max posteriormente. *Vid* Camila Henríquez Ureña: "Conversación con Camila", en *Estudios y conferencias.* Ciudad de La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 642. Igual imprecisión comete Zenaida Gutiérrez-Vega: *op. cit., p.* 299.

35 *Vid.* Acta jurada No. 135, I.L.L., C.M. 53, No. 197.

36 Debe aclararse que Max había sido nombrado abogado de oficio temporero en la Audiencia de Oriente el 13 de octubre de 1915, puesto para el que fue ratificado por seis meses más el 1° de julio de 1916. *Vid.* I. L. L., C. M. 53, No. 197.

37 Ver las boletas de matrícula, I.L.L., C.M. 53, No. 198. Zenaida Gutiérrez-Vega en el artículo citado (p. 292), sostiene que se graduó en 1915, lo que es inexacto.

38 Zenaida Gutiérrez-Vega: *op. cit.,* p. 306.

39 *Vid.* Copia del decreto, I.L.L., C.M. 53, No. 197.

40 "Conversación con Camila", p. 242.

41 *Vid.* "La Escuela Normal para Maestros", en *La Independencia,* Vol XIX, No. 228, 3 de octubre de 1916, Santiago de Cuba, p. 2.

42 I.L.L., C.M 53, No. 197.

43 Certificación expedida por la Secretaría de la Escuela Normal de Oriente, I.L.L., C.M. 53, No. 197. Sin embargo, en el *Diario de Cuba* se afirma que la toma de posesión ocurrió el 5 de octubre. *Vid.* "El Dr. Henríquez Ureña y el 'Diario de Cuba' ",

*Cuba*, año I, No. 310, 7 de octubre de 1918, Santiago de Cuba, p. 1.

44 Fueron numerosas las iniciativas puestas en práctica por Max Henríquez Ureña. Por ejemplo, el 9 de octubre de 1918 —esto es, sólo cinco días después de su toma de posesión— crea el Premio de la Libertad que, al calor de la guerra europea, se entregaría cada año a la mejor alumna. *Vid. Diario de Cuba*, año I, No. 314, 11 de octubre de 1918, Santiago de Cuba, p. 1.

45 "Extracto de la memoria presentada por el director de la Escuela Normal de Oriente al Hon. Sr. Secretario de Instrucción y Bellas Artes con motivo de la apertura del curso escolar 1928-1929", I.L.L., C.M. 53, No. 126.

46 *Vid.* "Un nuevo centro cultural", en *La Región*, año III, No. 472, 22 de octubre de 1926, Santiago de Cuba, p. 3. Ver además *La Región* correspondiente al 28 de octubre de 1926 y el *Diario de Cuba*, 4 y 14 de noviembre de 1926.

47 *Vid. Archipiélago*, año II, No. 14, 31 de julio de 1929, Santiago de Cuba, p. 226.

48 Carta a José María Chacón y Calvo, 7 de abril de 1918, en Zenaida Gutiérrez-Vega: *do cit.*, p. 311. Puede verse la información y una evaluación de su trabajo durante ese breve período en El "Dr Henríquez Ureña y el 'Diario de Cuba,'" en *Diario de Cuba*, año I, No. 120, 30 de marzo de 1918, Santiago de Cuba, p. 1. Por su parte, Guarina se mantuvo atendiendo su sección hasta julio de 1918.

49 I.L.L., C.M. 53, No. 197.

50 "Doctor Max Henríquez Ureña", en *Diario de Cuba*, año I, No. 273, 31 de agosto de 1918, Santiago de Cuba, p. 1.

51 "Nuevos horizontes para la vida intelectual cubana", en *Diario de Cuba*, año I, No. 171, 20 de mayo de 1918, Santiago de Cuba, p. 3.

52 Para todo lo relacionado con esta parte de la campaña en favor de la cuestión dominicana ver Max Henríquez Ureña: *Los yanquis en Santo Domingo;* la verdad de los hechos comprobada por datos y documentos oficiales. Madrid, M. Aguilar Editor, 1929, *passim*.

53 *Los Estados Unidos y la República Dominicana;* la verdad de los hechos comprobada con datos

y documentos oficiales. La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1919.

54 *Vid.* "Discurso de bienvenida a Rafael Esténger", I.L.L., C.M. 53, No. 101.

55 Del diario me ha sido posible consultar sólo su primer número. Respecto al *Sol del Domingo*, sí hay una buena colección en el archivo de Regino E. Boti, en Guantánamo. Dos números de este tabloide se conservan en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística.

56 Carta de Regino E. Boti a Max Henríquez Ureña, 9 de junio de 1920. El original, inédito, se encuentra en el archivo de Boti, en Guantánamo.

57 La mayor parte de los datos referidos a este viaje y al que más tarde emprende por Europa han sido tomados del diario llevado por Max entre el 1 de diciembre de 1920 y el 31 de diciembre de 1921, I.L.L., C.M. 53, No. 159.

58 I.L.L., documento sin clasificar.

59 Diario de 1921.

60 Ana Cairo: *El grupo Minorista y su tiempo* ("Nuestra Historia"). Ciudad de La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1978, p. 37.

61 "Santo Domingo: su evolución histórica" (Ateneo de Madrid, 15 de febrero) y "La política de Estados Unidos en el Caribe" (Residencia de Estudiantes de Madrid, 20 de febrero).

62 Ha sido posible obtener esta fecha aproximada a partir de una afirmación hecha por el propio Max en su muy posterior trabajo "Ha muerto el supremo artífice de la poesía afro-antillana", donde evoca las dos ocasiones en que pudo hablar con Luis Palés Matos. Allí dice: "Nuestro primer encuentro fue en 1922: de regreso de un viaje a Europa, el barco que me conducía, rumbo a Cuba, hizo escala en San Juan de Puerto Rico en la tarde del 25 de abril." Más tarde apunta que allí estaría 24 horas. *Vid.* I.L.L., C.M. 53, No. 83.

63 *Vid.* Mario Riera Hernández: *Oriente 1900-1952;* cincuenta y dos años de política. [s.l.], [s.e.], 1953, p. 185, 211, 217.

64 *La Independencia*, Vol. XXV, No. 259, 2 de diciembre de 1922, Santiago de Cuba, p. 1.

65 "Política municipal", 1922, I.L.L.

66 *Ibid.*

67 "En la Asamblea de los Colonos", 1923 (?), I.L.L.

68 *Vid.* Carta a Chacón y Calvo, 4 de octubre de 1923, en Gutiérrez-Vega: *op. cit.*, p. 324.

69 "Y, a propósito, he seguido con interés lo ocurrido con el señor [Erasmo] Regüeiferos. Es un consuelo ver que el alma juvenil deja oír su voz contra las cosas inmundas que nos rodean." Carta a Chacón y Calvo, 24 de marzo de 1923, en Gutiérrez-Vega: *op. cit.*, p. 323.

70 *Vid.* "Inauguración de la Escuela Libre de Derecho", en *Diario de Cuba,* año V, No. 1700, 3 de octubre de 1922, Santiago de Cuba, p. 8; "La Escuela Libre de Derecho y la Universidad", en *Diario de Cuba,* año VI, No. 1915, 13 de junio de 1923, Santiago de Cuba, p. 2; y "La Escuela Libre de Derecho", en *Diario de Cuba,* año VI, No. 2011, 4 de octubre de 1923, Santiago de Cuba, p. 2.

71 "La Escuela Libre de Derecho", en *Diario de Cuba,* año VI, No. 1782, 6 de enero de 1923, Santiago de Cuba, p. 1.

72 Gutiérrez-Vega: *op. cit.*, p. 324.

73 *Ibid.*

74 *Discursos y conferencias;* primera serie: prédicas de idealismo y esperanza. La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1923.

75 He podido consultar el ejemplar de *Discursos y conferencias* que obra en los fondos de la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística y que fue propiedad de Max Henríquez Ureña. En verdad, la cantidad de correcciones hechas a tinta por el autor es francamente abrumadora.

76 "Prólogo a la colección de la revista *Archipiélago*", en *Estudios y conferencias.* Ciudad de La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 50. En este prólogo, la eminente educadora sostiene que la institución habanera había aparecido a principios de 1927, hecho que en realidad sucedió en noviembre de 1926.


77 *Archipiélago,* año I, No. 7, noviembre de 1928, Santiago de Cuba, p. 105.

78 *Ibid.*


79 No me ha sido posible consultar esta edición.

80 Carta del 23 de mayo de 1930. El original se conserva en el archivo de Boti, en Guantánamo.

81 Un examen del pensamiento político de Max a lo largo de estos años no sólo resultaría de interés, sino que entregaría las razones de su acercamiento al gobierno de Trujillo. Pero tan apasionante cuestión escapa a los fines de este trabajo.



Este libro terminó de inprimirse durante el mes de octubre de 1989 en el taller Carlos Ulloa, de Ciudad de La Habana. La edición consta de 3 000 ejemplares.



EDICIONES CASERON ENSAYO

JOSE M. FERNANDEZ PEQUEÑO (Bayamo, 1953): Graduado en Filología en la Universidad de Orien-te (1979). Sus trabajos de crítica literaria han apa-recido en diversas publicaciones nacionales y extranjeras. Tiene en proceso editorial el libro **Crítica sin retroceso.** Actualmente se desempeña como investigador de la Casa del Caribe, es jefe de redacción de la revista **Del Caribe** y profesor adjunto de la Universidad de Oriente.